

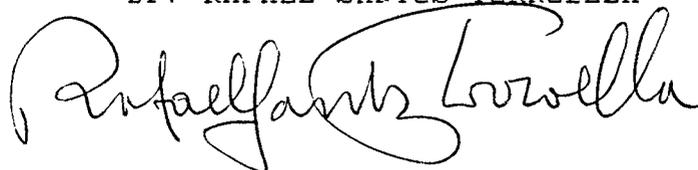
TESIS DOCTORAL

LA PINTORA ANGELES SANTOS Y SU OBRA
ANTERIOR A LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA.
CATALOGACIÓN Y ESTUDIO.

ROSA AGENJO BOSCH
DEPARTAMENT DE L'EXPRESSIÓ PLÀSTICA
FACULTAT DE BELLES ARTS
UNIVERSITAT DE BARCELONA

Director:

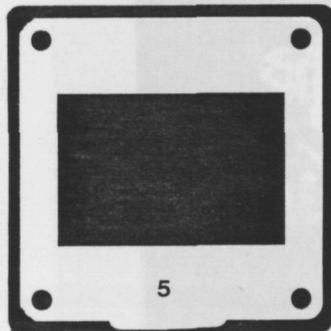
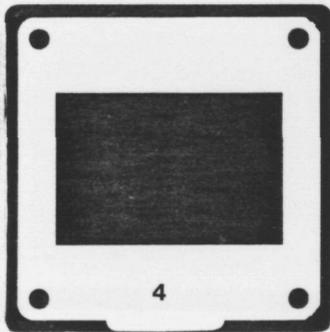
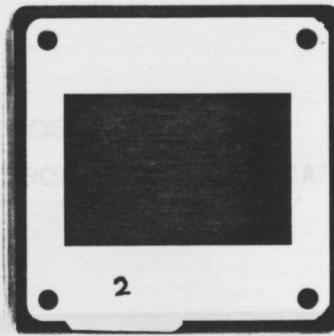
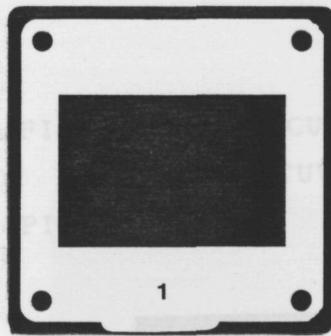
Dr. RAFAEL SANTOS TORROELLA

A handwritten signature in black ink, reading 'Rafael Santos Torroella'. The signature is written in a cursive, flowing style with large, sweeping loops.

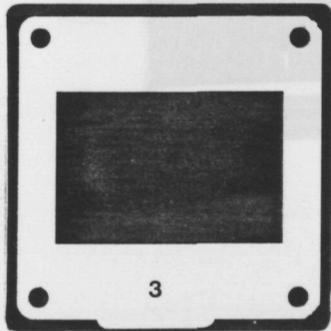
Barcelona, Diciembre de 1986

CORTES ESTRATIGRAFICOS (DIAPOSITIVAS)

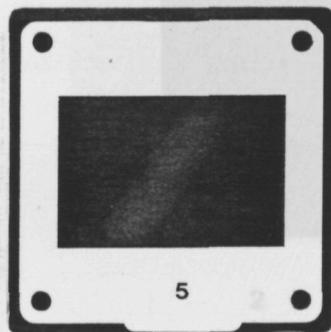
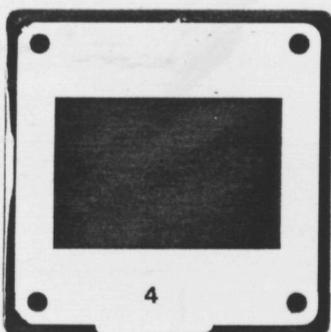
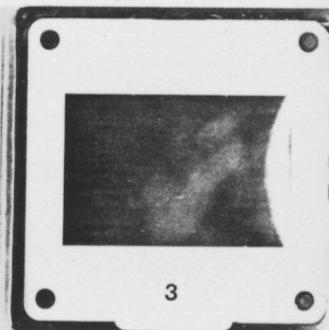
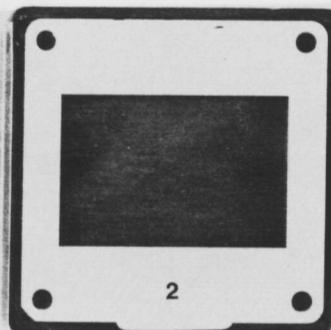
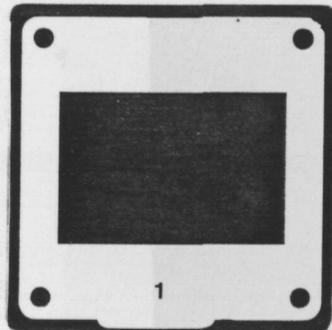
LUZ
TRANSMITIDA



LUZ
POLARIZADA



LUZ
REFLEJADA



FÓTOGRAFIAS DE LOS CUADROS EN LAS QUE SE INDICA LA ZONA DE DONDE SE OBTUVIERON LAS MUESTRAS PARA EXAMEN MICROSCÓPICO.



1



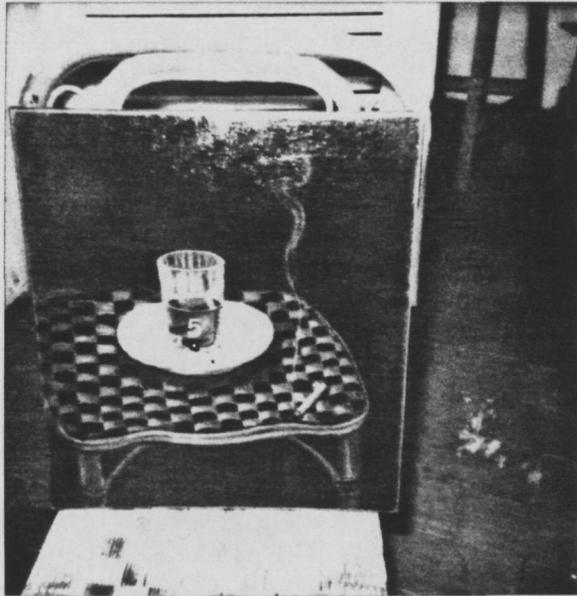
2



3



4



5

ANEXO II: DOCUMENTOS GRAFICOS SOBRE ANGELES
SANTOS

ANEXO II. DOCUMENTOS GRAFICOS SOBRE ANGELES SANTOS

Aquí se recogen diversas fotografías de la pintora, publicadas en periódicos de la época en la que se centra la tesis o efectuadas en la actualidad, durante los contactos mantenidos con ella, y también reproducciones de retratos de Angeles Santos realizados por otros pintores.

Se incluye asimismo una fotografía que muestra una vista general de la sala correspondiente a los cuadros de Angeles Santos, en el *X Salón de Otoño* de Madrid, exposición que ocupa un lugar eminente en la trayectoria de la artista.

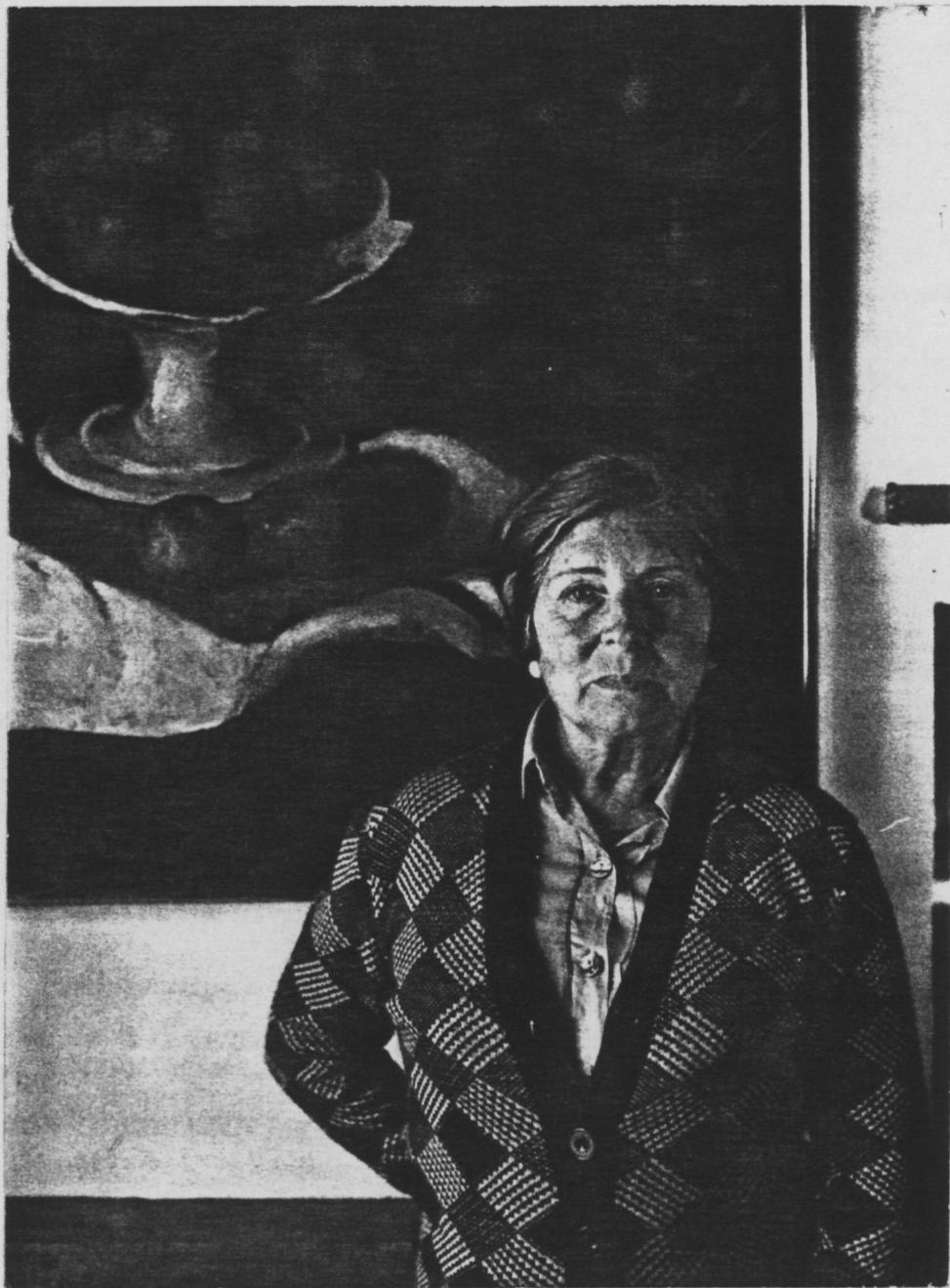
Angeles Santos. Valladolid. 1930.



Angeles Santos en su estudio de París. 1964.



Angeles Santos : delante de su cuadro *Habitación*. Hacia 1976



A la derecha Angeles Santos, a la izquierda Rosa Agenjo.
Sitges. Verano de 1985.



Fotografía de la pintora publicada en *La Gaceta Literaria*,
1-IV-1930. cfr. (116)



cfr. (77)

ARTES Y ARTISTAS

En torno al magnífico "caso" de Angeles Santos.

DE PRONTO...

Da pronto, en el camino del Arte, colmado de una multitud gris, surgió una figura frágil, minúscula, rodeada de gigantes sombríos y niñas tristes, con profundas huellas de cansancio en los párpados anchos y obscuros.

Iba sola. No conocía nada de nada, y tenía un espíritu imenso dentro del cuerpo chiquito, un grande, un maravilloso espíritu en embrión, capaz de conocerlo todo, de comprenderlo todo, de amarlo todo.

Iba por las calles de su ciudad hacia el colegio de monjas, donde aprendía cuántas son nueve manzanas y ocho manzanas más; donde aprendía a pintar jarrones de colores fuertes, con actitudes de artista de *concert*, bailando sevillanas.

Nola. Sin detenerse ante las tiendas de juguetes, ni de vestidos, esos vestidos de las niñas modernas, tan semejantes a los vestidos de las mujeres.

Iba por las calles de su ciudad, portadora de su bolsa de cuero, colmada de textos elementales, perfectamente inútiles para su cerebro raro. Su cerebro infantil, que no dormía, como la generalidad de los cerebros infantiles; que tenía unos grandes ojos móviles, llenos de inquietud, desmesurados, torturados por averiguar la forma del alma y su color.

¡Quiero tocar mi alma!
Sus condiscípulas se reían de ella, y diciéndose que, ciertamente, no valía a pena la compañía de aquella niña pálida y rubia, que hablaba cosas tan extrañas, se alejaban de su lado, dejándola sola en el jardín del colegio, sentada sobre un banco de piedra, ó al borde de un estanque presuntuoso, bajo cuya agua solían rebullir unos pequeños peces ocasionales.

Y a la niña de los ojos azules y el cabello rubio no se le ocurría otra cosa que mirar al fondo del estanque, y pensar: ¡Tendrán alma los peces!

Pero, como era tan chica, nadie prestaba gran atención a sus preguntas trascendentales, ni tomaba en serio los problemas psicológicos que se constituía.

¡Niña modelarse a sí misma el rostro delicado, con sus delcis niños, y pensar: Esto es lo que traga vegetales y carnes muertas (la boca). Esto (la cabeza) es la caja de hueso. Pero, ¿y el alma? ¿Dónde está el alma? ¿En un diente? ¿En qué diente? Y los tocaba uno por uno, observándoles con fijez dolorosa, tan blancos, tan sólidos; pero sin hallar en ellos el menor destello de alma.

Y comenzaba a sentir el cansancio de sus vanas indagaciones respecto a la forma exacta del alma. Y comenzaban a abrumarla los muros pardos del colegio, sus interiores, de losas blancas y azules; sus paredes recubiertas de grandes carteles de hule, con burdas reproducciones de escenas bíblicas; las sonoridades graves de su órgano; de las monjas, y las cuales llamaba mujeres en conservas, por su uniformidad en todo: en color, en voz, en ropajes, en las pisadas silenciosas.

Al mismo tiempo, su curiosidad aumentaba; su sensibilidad se agudizaba, y ya no era sólo su alma lo que perseguía encontrar; pretendía llegar también al fondo de todo lo que vive, de todo lo que late, racional ó mineral; quería saberlo todo, penetrarlo todo; averiguar dónde nace el impulso de los hombres y de las cosas, el origen de la inteligencia y de la vida, y por qué la tierra ora creó en sus entrañas negras.

Sus inquietudes pulsaban, una por una, sus fibras nerviosas, haciéndola llorar.

¡Qué hay dentro de todo lo que se mueve!

Estaba sola.

La voz que hubiera podido responder a su pregunta, a su deseo infinito de saber, de comprender, de abrazar, dormir; y su sueño curaba ya años, tantos como la ansiedad de ella.

¡Cuya vida había cambiado en apariencia. Las monjas no eran ya en su vida otra cosa que un recuerdo melancólico, así como los grabados bíblicos y las notas solemnes del órgano del convento.

A veces pasaba. Amaba el dejarse ir por las calles de su ciudad antigua, monumental, intolerante como una vieja bestia. Le gustaba detenerse frente a los corros de niñas, que, conforme pasaban los años y se hacía mujer, le parecían más grandes dentro de su pequeña apariencia, cuando las sorprendía en una plaza de árboles ó ha-



Angeles Santos, la admirable artista, cuyos cuadros han constituido la nota más destacada del Salón de Otoño, y cuyo "caso" espiritual tiene extraordinario interés.

ciendo espumas en los arroyos húmedos. Y amaba preferentemente a las niñas humildes de los extramuros. Al igual de esas criaturas que contemplan las tartas de chocolate con la mano pegada a su cristal, ella contemplaba, con una compleja mirada, hecha de piedad, de avaricia, de amor infinito, a la niña pobre, que sentada en la acera se hurga la nariz, ó a la niña, más miserable aún, que muerde un pedazo de pan duro en un paseo céntrico.

A veces se acercaba a la niña y la llevaba a su casa, abrazada, con la ansiedad del que ha logrado algo inapreciable.

Y comenzaba a copiar su miseria en un lienzo terco.

Una tarde, ó una mañana, la niña pobre se veía de pronto ante otra niña igual a ella, con los dientes grandes como sus dientes, y un dedo en la nariz ancha, ó el mendrugo de pan entre los dedos sucios.

Y la niña miserable se alejaba, un poco asustada, de aquella otra niña mayorcita, sería, que paría niñas planas de cartón, tan semejantes a las de verdad.

Iba haciéndose mujer, formándose su graciosa envoltura, y los afanes investigadores continuaban en ella.

¡Qué enorme todo! ¡Qué chico ella! Y el silencio fuera. La soledad.

¡De qué lo sirven sus ojos grandes que no ven? ¡De qué le sirve su cerebro, su caja de huesos, si no entiende nada!

De noche, insomnias. En la obscuridad, sus interrogaciones a las cosas, inmobilizadas por el sueño, eran angustiosas.

Dolor. Dolor y ansiedad, en su alma y en su carne. Sus inquietudes, su fiebre, la arrojaban del lecho a mordiscos.

Ella se ahogaba, y en su ahogo buscaba el aire frío, la claridad de las estrellas.

A lo lejos relucía el río. ¡Tan brillante! Y su pensamiento, martirizándola. (Ella lo sentía dentro arañar.)

Sentía su poquedad como el peso de algo inmenso. Fuera de ella había un mundo hecho de cosas grandes, movibles, que no comprendía. Que no comprendía porque para comprender, ante todo, hay que tener un alma, aunque sea pequeña como una hormiga; hay que tener un alma, y ella no encontraba la suya, aunque la ha buscado durante muchos años en la vida.

Un día pensó buscarla en la muerte también. Pero se acordó del infierno.

¡Qué pasaré allí!

A pesar de su miedo, la sensación de morir llegó a ella.

Llegó un día ante un escenario con transparencias de un verde turbio, frente a un néctar de monstruos extraídos del mar.

¡Tan terrible! ¡Qué era aquella masa negra que se movía en el agua!

Su cerebro, atormentado por muchos años de tormento, se hizo pesado, como ropa mojada. Su cuerpo se dobló. Su caja de huesos sufrió un golpe seco.

Para comprender la inmensidad exterior era preciso, ante todo, tener un alma.

Y ella no la tenía.

La buscó bien, con un diente, en su esqueleto vivos...

Y no la encontró.

EL PÚBLICO FRENTE A SU OBRA

- ¡Qué cara!
- Recuerda los *Caprichos*.
- ¡Es maravilloso!
- ¡Qué querrá decir esa mujer que baila de cabeza!
- (Frente al cuadro *Mujeres*.)
- Tiene influencia alemana.
- Dígan que es muy joven.
- Dígan que es guapa.
- Es un caso.
- Es lo único que hay en el Salón.

(Rigurosamente verídico.)

Al salir de la sala que la Sociedad de Pintores y Escultores ha dedicado a Angeles Santos, en su Décimo Salón de Otoño, hay quienes suspiran, sintiendo de pronto que han recordado su personalidad, que quedó a la puerta, rezagada, con el bastón en el guardarrropa. Hay quienes continúan su visita al Salón de una manera inconsciente, sin detenerse ante los lienzos de las otras salas. Algunos permanecen largo tiempo ante *Familia cenando*, ó *Un muerto*, ó *Niñas haciendo música*, las tres obras que más influyen en el ánimo de quien las contempla.

Pero todos, todos, igual los que comprenden que los incomprenden, los que se emocionan y los incapaces de emocionarse, los entendidos y los profanos, todos salen de la sala de Angeles Santos con una arruga en la frente y una gran angustia en el pecho.

Y todos, todos, al salir al exterior, aun en las miradas la impresión de la serenidad alucinadora de la cabeza de *Un muerto*, esa cabezota que si se contempla fijamente durante unos segundos crece, hasta llenar la sala y angustiar, buscan, con ansiedad de convalecientes, los paseos ruidosos y las avenidas rubias de sol.

YO

Angeles Santos, que trabaja frente al Cantábrico, me ha dirigido una carta, una hermosa carta llena de grandes cosas, de la cual publico algunos fragmentos por encontrarlos indignos de permanecer en la obscuridad y porque considero que al público le interesaría conocer literariamente los conceptos de una artista tan fuerte, tan personal, tan de relieve en estos momentos, como esta joven y singularísima pintora catalana.

HABLA ANGELES SANTOS

«He vivido un día y no sé nada, y lo puedo hablar poco.»

«Veo lo que soy: un esqueleto de huesos vivo, situado entre las cosas de una ciudad, al que impresionan todas las formas grandes y pesadas que se mueven alrededor suyo.»

«Como me pesa el cuerpo, á veces mi razón se cae al suelo y se da un golpe.»

«Ahora, aunque pienso, no entiendo, y es como si no pensase; por eso no soy superior al amo ni al cerdo.»

«Ahora que he nacido podré construirme mi vida.»

«Quiero realizar mis concepciones en el Arte con la pintura, y que mis cuadros despierten emociones que no sean falsas ni inútiles.»

«Estoy en la sociedad del hombre. Quiero saber vivir en una sociedad de bestias, de plantas, de minerales. Así llegaré á saber las cosas más ocultas de los diferentes modos de vida.»

«Mis mayores alegrías las siento en la calle, viendo cómo todo se mueve.»

«Mi alma será un rascacielos, con un enorme ascensor en el centro. Y sabré llenar ese edificio y hacerlo vivir, y yo seré mi mundo.»

LUTRA CARNES

Reproducción fotográfica de un retrato de Angeles Santos, realizado por su marido, Emilio Grau Sala en 1935, y publicado en un artículo del hermano de la pintora, Rafael Santos Torroella, en el *Noticiero Universal*, 4-X-1967. cfr. (144)

Miércoles, 4 de octubre de 1967

EL NOTICIERO UNIVERSAL

ARTE * ARTE * ARTE * AR



ANGELITITA

(RECUERDO)

GRAU SALA: «Angelita» (1935)

Estábamos en una vieja ciudad castellana: en el tiempo y fuera del tiempo, que es como uno se siente, aun sin divagación excesiva, asomado al escueto perfil de la meseta, con sólo una hilera de tenues chopos erguidos entre tierra y cielo. Azorín acababa de publicar un nuevo libro, titulado «Angelita-Auto sacramental». Y en él se hablaba, precisamente, de abolir el tiempo, que es —decía— cosa grande: saltar hacia el futuro y, aún mejor, abolir el pasado. A Angelita, Azorín la llamaba «la abolidora del tiempo».

Pero no; no es ésta la Angelita de la vieja ciudad castellana. El la asocio con ella —los ángeles parecían haberse hecho entonces cotidianos en las letras españolas— es por esa lejanía en el tiempo a que me induce la memoria. ¡Qué vieja cuestión ésta, la del tiempo, interminable, como la otra, la de la realidad, enigmática, ayer y hoy insoluble en sus urgencias! Por aquellos días, cuando empezaban los años treinta, se hablaba mucho en España de superrealismo —Brelón aún no había dado en Canarias sanción oficial al barbarismo «surrealista»—, aunque posiblemente no se sabía a carta cabal en qué consistía lo que, desde París, nos llegaba en acuciantes rumores bajo tal designación. También Azorín había publicado hacía poco una novela que ostentaba ese nombre. «Superrealismo», es su portada. Es curioso que fuera sólo él, entre los del 98, quien así se rindiera al alicate que tan confusamente punzaba a los más jóvenes. El español parece dispuesto siempre, para mejor entender la realidad, a salirse de ella. Acaso no se tratara de otra cosa en Azorín. ¿Y en aquellos más jóvenes entonces? Uno de ellos, jovencísimo aún, crítico incipiente, Juan Ramón Masoliver, escribiría en vernáculo sobre «Possibilitats i hipocresia del surrealismo espanyol», para negar las primeras y afirmar la segunda, sin apenas otras salvaduras que Buñuel y Dalí. También mencionaba en su ensayo a Angelita, joven «castellana vella» —pero es también, por sangre materna y por nacimiento, catalana vieja— para asimismo declarar que «no podía decidirse por su surrealismo».

Y escribía al no decidirse. Porque Angelita, joven pintora —dieciocho años tan sólo— súbitamente aparecía como un meteoro en el impávido cielo de la meseta, ¿qué podía saber de narbetes semejantes, encerrada allí, a solas con la Pintura, en la silenciosa y soñolienta ciudad castellana? De algún libro, como



ANGELES SANTOS: «Un mundo»

RETRATOS REALIZADOS A ANGELES SANTOS

óleo pintado por su marido, Emilio Grau Sala. Portbou,
1935.



Dibujo a lápiz, realizado por Norah Borges, Barcelona.
1936



Dibujo realizado con ceras de colores, por su hijo, Julián
Grau Santos, hacia 1954



óleo pintado por Olga Sacharoff, hacia 1958.



Reproducción fotográfica publicada en *Crónica*, en la que aparece una vista general de la sala dedicada a los cuadros de Angeles Santos, en el X Salón de Otoño, de Madrid, 1930. cfr. (115)

